

Rosa Ribas

LOS VIEJOS AMORES

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ROSA RIBAS
LOS VIEJOS AMORES

TUSQUETS
EDITORES

1.^a edición: marzo de 2025

© Rosa Ribas, 2025

Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-595-4

Depósito legal: B. 2.156-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, SL.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



A Lola le gustaban los entierros.

Pero eso era antes.

Antes. En todas las historias familiares hay un hecho que establece un antes. En la suya era la muerte de su hijo Marc, hacía casi cinco años. El asesinato de Marc. Lola lo había vengado. El cadáver de quien había ordenado matarlo se descomponía en el fondo del mar. Su asesino estaba en la cárcel.

Después de la muerte de Marc todo parecía romo, agrisado, como si llevase la cabeza metida en un casco con la visera sucia.

Pero desde hacía unos meses volvían a ser los detectives Hernández. Nora y Amalia trabajaban otra vez en la agencia. También Ayala había regresado. Todos más curtidos. Mateo, con sesenta y dos años, también algo más baqueteado.

Desde el entierro de Marc, Lola no había ido a ninguno más. ¿Por qué hoy sí?

Esa mañana, Mateo ya había tenido algo parecido a un presentimiento mientras ponía las galletas de canela y las dos primeras pastillas del día en un platito y se las subía a Lola

al dormitorio junto con una taza de café soluble que dejaba en la escalera un olor a hotel barato. La sensación de que debía estar atento lo acompañó al salir a la calle para comprar el pan y el periódico. Por el camino, lo de costumbre: personas que se dirigían apresuradas hacia la parada del metro, que arrastraban niños al colegio o paseaban a perros de vejiga mañanera; y registró las quejas cotidianas de la gente, que, según su estadística privada, ocupaban el ochenta y cinco por ciento de las conversaciones. Nada que justificara el ligero pero insidioso malestar que lo acompañaba. Al volver a casa, entró por la puerta de la agencia y repasó por encima la agenda del día. Nora llegaría en un rato. Vio también que su hija le había dejado una nota en la que le decía que todo lo relacionado con el caso estaba en una carpeta compartida. No le apetecía en absoluto, pero encendió el ordenador y le echó un vistazo sin encontrar en ella la razón de la inquietud que se negaba a desaparecer.

Cruzó el oscuro pasillo que comunicaba la agencia con la casa, se dirigió a la cocina y llamó a Lola. Preparó otra ronda de cafés, el suyo en la máquina sofisticada que había comprado en la tienda de electrodomésticos de su hermano Basilio; el de Lola, otra vez soluble. Se sentaron frente a frente a la mesa de la cocina pegada a la ventana que daba al jardín.

Claudia, la hermana de Lola, había regado las plantas la tarde anterior y entraba olor a tierra húmeda, un presagio de la campana de aire pesado y pegajoso que envolvería Barcelona hasta la noche, pero la cocina de la casa era un reducto fresco. Se repartieron las páginas del periódico y desayunaron leyendo. Sin embargo, los ojos de Mateo no lograban pasar de los titulares de las noticias. Como un detective de tebeo, sostenía las hojas en el aire para espiarla. No era la ropa, no era el peinado, no era su expresión concentrada en la lectura. El vaso con el café soluble estaba donde siempre.

Las cajas de pastillas también. Pero había un sin embargo acechando.

De repente un portazo, pasos acercándose. Nora entró, saludó y se fue derecha a la cafetera. Al sentarse al lado de su padre, echó un vistazo a la mesa y señaló las margaritas del estampado.

—¿Has cambiado el hule?

—El viejo tenía un color muy cachumbo —respondió Lola.

—Y ya no era temporada de tulipanes.

—Si sigue este calor y sin llover, el próximo será de cactus. —Lola le pasó a su hija la parte del periódico que ya había leído.

¿Era por eso? ¿Eran las margaritas que habían sustituido a los tulipanes? ¿A esa minucia se debía su malestar? Desde que Mateo había pisado esa cocina por primera vez —hacía ya tantos años que no quería recordar cuántos—, un hule de plástico con un estampado de flores cubría la mesa. Y a pesar de su empeño en no pensar en ello, su excelente memoria le hizo saber que el primer encuentro con los hules floreados había tenido lugar hacía casi cuarenta años, suficientes para ser un experto en flores de dos dimensiones y dudosa calidad artística. Mientras con la taza de café entre las manos deshojaba mentalmente una de las margaritas de trazo algo infantil y le preguntaba si era la causa de su incomodidad, a espaldas de Lola se abrió la puerta que comunicaba la cocina con el jardín y entró Claudia, su hermana mayor. Mateo no la había visto salir de la casita en la que vivía al otro lado de la parcela y dirigirse hacia ellos vestida de negro riguroso, como una viuda siciliana.

—Lola, nena, ¿que no íbamos a ir al entierro de la Laieta Casanovas?

Lola se levantó de inmediato.

—Date prisa, que no quiero sentarme al final. ¿Tú también vienes, Norita? —preguntó Claudia.

Su hija asintió mientras trataba de disimular el asombro.

Con fingida naturalidad, Mateo dijo que iría con ellas hasta Gran de Sant Andreu, pero no al entierro, porque esperaba a un cliente en una hora.

Poco después salía de la casa con las tres mujeres Obiols, «raras», como se decía en el barrio. Mateo percibía entre ellas un vínculo invisible que se estrechaba paso a paso camino de la iglesia de Sant Andreu Palomar, y que lo excluía también paso a paso convirtiéndolo en mero acompañante hasta que se despidieron de él al llegar a la esquina.

Se quedó parado en la bocacalle viendo cómo se alejaban, mientras se balanceaba de un pie a otro. Pie izquierdo, seguir las hasta la iglesia. Espiarlas. Pie derecho, olvidar el asunto y darse una vuelta por el barrio para olisquear el ambiente. Pie izquierdo. ¿Por qué había decidido Lola ir a ese entierro después de tanto tiempo? Pie derecho. ¿Por qué la decisión de Lola debería tener algún sentido oculto? Pie izquierdo. Pie derecho. Echó a andar por Gran de Sant Andreu.

Una de las grietas que surcaban la cúpula de la iglesia partía la figura del evangelista por la mitad, le separaba la mano del libro, seguía ascendiendo y cortaba también una de las alas del águila con aspecto de paloma feroz que parecía venir a reclamarle a san Juan la pluma con la que escribía.

Feroz era también el ahínco con el que entonaban sus cánticos las tres hermanas Salabert, sentadas como siempre en los bancos delanteros, porque debían de considerarse familia de todo difunto del barrio. Tres trompetillas de feria dispuestas a derribar con sus chirriantes agudos si no la misma cúpula, por lo menos los frescos que la cubrían, como continuadoras naturales de la antigua tradición de destrucciones sufridas por esa iglesia, que, gracias a su madre, sabía que se remontaba al siglo x, cuando Almanzor pasó por Barcelona a sangre y cuchillo y destruyó el templo primitivo. De pequeños, su madre les había leído y contado historias bastante heterogéneas, desde cuentos tradicionales, relatos de Roald Dahl y mitología griega hasta batallas cruentas de cantares de gesta. «Las tropas de Almanzor sitiaron Barcelona, pero la ciudad resistía. ¿Sabéis qué hizo entonces Almanzor?» Aquí su madre hacía una pausa que siempre funcionaba. Ella decía que sí, para dejar claro que lo sabía; Marc decía que no, para que la historia siguiera, pero se ta-

paba una oreja; Amalia decía que sí para que les ahorrara esa parte. Su madre movía entonces las manos como un jugador de baloncesto lanzando a canasta. «Pues cada día, en lugar de piedras lanzaban cabezas de prisioneros. Mil diarias», recordó Nora mientras contaba las cabezas de los presentes. Llegó a la primera fila y se detuvo. ¿Cuántos años tendrían las Salabert? Todos. Y ahí seguían, enterrando a los vecinos del barrio. Tal vez, como con Los Panchos, esta no fuera la formación original y las habían ido reemplazando a medida que caían. ¿Cómo sería el *casting*? Un suspiro de la tía Claudia, a su derecha, con su madre al otro lado, le recordó que Laieta Casanovas había sido su compañera de pupitre en la escuela. Lo que explicaba por qué su tía estaba allí, pero no por qué su madre había decidido acompañarla. Desde el entierro de Marc, su madre no había vuelto a pisar ese lugar. Nora intentó recordar si ya habían muerto otras amigas de la infancia de la tía Claudia. Con setenta y tres años, era bastante probable, pero su madre no la había acompañado en ninguna ocasión. ¿Qué tenía de especial, aparte del roce diario en un pupitre hacía muchos años, la muerte de Laieta Casanovas?

Su tía estaba cabizbaja, ensimismada. Su madre seguía con la mirada los movimientos del cura delante del altar, desplazado de su posición original por el peligro de los posibles desprendimientos de la cúpula, con o sin ayuda de las Salabert.

El aire fresco que las había recibido al entrar en el recinto ya había sido inhalado y exhalado muchas veces por los asistentes. Nora sentía las axilas y la nuca húmedas y pegajosas. Movié un poco la cabeza para relajar el cuello y vio que algunas personas en los bancos aledaños no seguían la ceremonia, sino que tenían la mirada fija en su madre. Sí, la Lola, la bisnieta del indiano, la de los detectives, se dejaba

ver de nuevo por allí. Recordó la mirada de su padre, su expresión de desconcierto cuando se quedó en la esquina; había visto de reojo que se moría por seguirlas.

De momento nada, papá. Un entierro como cualquier otro. Cincuenta y tres cabezas.

Aspiró profundamente el olor de los cirios y de las flores. ¿Por qué le agradaba tanto esa mezcla agria y dulce de humo y putrefacción? Casi a la vez, su madre y su tía cerraron los ojos e hicieron lo mismo. Cosas de familia, de las que no se aprenden, sino que se llevan dentro.

Terminó el entierro. Uno como cualquier otro en el barrio, en el que la gente que no acompañaba el féretro al cementerio se quedaba hablando en la explanada lateral de la iglesia y varios coches y taxis esperaban a los que seguían hasta el final. Una mujer se acercó a ellas para indicarles a qué coche podían subirse.

—Hasta aquí —dijo su madre, saizando el aire con un gesto de la mano.

Se despidió de ellas y cruzó la calle aprovechando que el semáforo de la plaza Orfila se había puesto en verde. Nora la vio alejarse con la urgencia de un submarinista al que se le agotan las reservas de oxígeno.

La tía Claudia, tal vez temiendo que echara a correr detrás de su madre como un cachorrito, se colgó del brazo de Nora y se dirigió con ella hacia el coche que las llevaría al cementerio.

Su padre iba allí todos los sábados por la mañana. Visitaba el nicho del abuelo Conrado y a Marc, enterrado en el ostentoso panteón familiar de los Obiols. Su madre nunca lo hacía. Ella tampoco. No le veía sentido.

Llegaron y entraron con el resto de la comitiva. Dejaron atrás el panteón Mayilyan, donde el hombre de mármol sentado en el banco con el brazo derecho apoyado en el respal-

do de piedra esperaba desde hacía más de diez años a que alguien ocupara el hueco libre. El camino hasta el nicho de Laieta Casanovas les ahorró pasar por delante del panteón de los Obiols. El grupo marchaba silencioso entre dos hileras de nichos de siete pisos. El cura y los empleados del cementerio esperaban al lado del féretro la llegada de los asistentes rezagados. Se levantó entonces algo de brisa y el papel de celofán que envolvía los ramos de flores crujió como si hubieran perturbado a un enjambre de insectos que dormitaban al sol.

Nora avanzaba del brazo de la tía Claudia calculando las edades de los difuntos de los nichos hasta que una fuerte voz masculina pareció detener el viento y la agitación del celofán.

—¡No habrá tenido los santos cojones de dejarse caer por aquí!

Su tía se detuvo en seco y dejó que las personas que caminaban tras ellas las adelantasen.

Con los brazos en jarra delante del nicho abierto en la tercera fila, un hombre corpulento en los cincuenta se quitó las gafas oscuras y miró a su alrededor con expresión desafiante.

—Es Nico, el hijo mayor de Laieta —le dijo su tía en voz baja—. La de al lado es Martina, la hija.

Nora se fijó en una mujer voluminosa y algunos años más joven que el hermano, aunque, a juzgar por las pretensiones juveniles de la mecha magenta en el pelo, no lo llevaba bien. Miraba a todos lados con nerviosismo.

—¿Cómo sabes que es él? —preguntó a su hermano, mientras barría con la mirada el espacio entre las dos paredes de nichos—. ¿Dónde está?

Nora soltó el brazo de su tía y se acercó al grupo.

—¡Por allí! —El hijo de Laieta señaló hacia el otro extre-

mo, donde otra pared de nichos perpendicular creaba una bocacalle—. Se ha asomado por allí.

Todos se volvieron para mirar en la dirección que señalaba su dedo y lo vieron echar a correr con la cara enrojecida por la furia.

—¡Nico, no! —le gritó la hermana.

Pero no lo frenó.

El viento despertó otra vez al papel de celofán, un coro de animadoras jaleando la carrera del hombretón sobre la gravilla.

—¿Qué quieres, hijo de puta? ¿Vienes a asegurarte de que está muerta para arramblar con todo lo que quede? ¡Te voy a aplastar, sanguijuela!

Dobló la esquina y desapareció. La hija se quedó firme mirando al féretro con los puños prietos y expresión de reproche.

—¿De quién hablan? —preguntó Nora en voz baja al aire.

—Supongo que del novio de la Laieta —respondió un hombre de la edad de su tía a su lado y soltó una risita malvada. Se le acercó un poco más para decirle al oído—: Se conoce que lo encontró por internet.

Otro de los asistentes le chistó.

—¡Más respeto, Xitu! No es el momento.

Por supuesto que lo era. Nora aprovechó el runrún general y los gritos indescifrables del hijo que llegaban desde el otro lado para decirle al tal Xitu:

—Ya veo que los hijos no están muy conformes.

—Es que parece que el «novio» le vació las cuentas. Y ni siquiera era un mozalbete, no. Parece que es un viejales como nosotros. Como yo. O como este —soltó ante la mirada furibunda del hombre que lo había regañado, y que se alejó ofendido.

Los empleados del cementerio, que habrían visto escenas

más extrañas, permanecían impasibles, pero también tenían un horario. Uno de ellos preguntó a la hija:

—¿Qué? ¿Empezamos?

—Esperen a que vuelva el hijo —dijo el cura y, de esa manera, salió del estupor.

El viento no hizo aplaudir a los celofanes cuando, poco después, regresó el hijo respirando con agitación.

—¿Era él? —preguntó su hermana.

El hermano gruñó un «no» con la agresividad a flor de piel. El rostro estaba aún más enrojecido.

Nora se giró y vio que la tía Claudia se había quedado parada en el punto en el que la había dejado. Quería marcharse. Aunque a ella le habría gustado quedarse hasta el final, volvió a colgarse de su brazo y se alejaron del grupo.

—¡Qué pena todo, Norita!

—Sí, *tíeta*.

Antes de llegar a la puerta del cementerio, vio a la derecha a un hombre que hablaba agitadamente con una empleada del cementerio. Señalaba el lugar del que venían y parecía describir con gestos una carrera, de lo que dedujo que debía de tratarse de la persona a la que el hijo de Laieta Casanovas había perseguido hacía unos momentos.

Salieron.

El cementerio, al otro lado de la avenida Meridiana, estaba encajonado entre grandes edificios modernos. Tras los sepelios, los de espíritu práctico podían hacer ahí mismo las compras en un Mercadona y decirse, mientras llenaban el carrito, que la vida seguía, aunque fuera tan absurda como el pan de molde sin corteza. Aquellos que, tras tomar conciencia de la brevedad de la existencia, sentían el impulso de celebrar la propia con algún derroche inmediato tenían El Corte Inglés a pocos metros y podían plantarle cara a la muerte con bombones belgas.

—¿Caminamos un poco? —dijo su tía.

Pasaron de largo de los coches que esperaban fuera, cruzaron el ardiente asfalto de los ocho carriles de la Meridiana y entraron en el barrio.

Ella pensó que a su tía le sentaría bien tomar algo dulce y la llevó a una pastelería de la antigua escuela, donde todavía hacían saras cargadas de mantequilla, la nata montada desafiaba la gravedad y el chocolate de los pasteles tenía tanto azúcar como cacao. Calorías sin disimulo, francas, sin excusas estéticas.

Se sentaron a una mesa desde la que podían ver a la gente pasando por la calle y, mientras su tía devoraba con ansia de funeral un trozo de tarta Sacher, Nora por fin le preguntó:

—*Tieta*, ¿qué es eso del novio de internet de la Laieta? ¿Tú lo sabías?

—Algo sabía, nena.

En la cabeza de Nora se abrió el bloc de notas.